



Marzo | 121
2011

Serie Informe SOCIEDAD Y POLÍTICA

El Futuro de la Libertad en un Mundo Global

ISSN 0718-4093



Indice

Resumen ejecutivo	5
Desarrollo del panel “El Futuro de la Libertad en un Mundo Global”	7



Resumen Ejecutivo

En el marco de las celebraciones con motivo del 20º aniversario de la institución, Libertad y Desarrollo realizó el Seminario Internacional “El Futuro de la Libertad en un Mundo Global”, el cual contó con 2 paneles.

En el primero participaron los ex jefes de gobierno Álvaro Uribe, de Colombia, Jorge Quiroga de Bolivia y José María Aznar, de España.

El segundo panel tuvo la destacada participación del recientemente galardonado premio Nobel de Literatura 2010, Mario Vargas Llosa, junto al economista Sebastián Edwards, quienes guiados por la consejera de Libertad y Desarrollo, Lucía Santa Cruz, y por el director ejecutivo de la institución, Luis Larraín, protagonizaron un encendido diálogo en el cual debatieron acerca de la literatura, del nacionalismo, de la libertad y de los desafíos para América Latina.

En esta Serie Informe reproducimos esta última conversación en forma íntegra.



El Futuro de la Libertad en un Mundo Global

Luis Larraín:

Junto con agradecerles su participación quiero invitar a nuestros panelistas a que nos entreguen ahora la visión intelectual del tema de nuestro seminario “El futuro de la libertad en un mundo global”. Conversaremos con “nuestro” premio Nobel, Mario Vargas Llosa, “nuestro” economista Sebastián Edwards, y nuestra consejera Lucía Santa Cruz.

El problema lo tengo yo ahora, porque díganme ustedes cómo se puede presentar a Mario Vargas Llosa. Cualquier palabra que pueda emplear va a aparecer pobre frente a ese maravilloso discurso que tituló “Elogio de la literatura y la ficción”, con que aceptó, frente a la Academia Sueca, el premio Nobel que se le concedió recientemente. Una verdadera lección de literatura y de vida. Esta presentación que Mario hace de su obra es mucho mejor que cualquier palabra que yo pueda expresar y los invito a leerla.

Lo que sí puedo decir es que es un enorme privilegio tener con nosotros a Mario Vargas Llosa con motivo de la celebración de nuestro 20° aniversario. Como presidente de la Fundación Internacional para la Libertad, él ha estado muy vinculado a Libertad y Desarrollo. Por ello, como todos los que estamos aquí presente y seguramente todos los chilenos, nos alegramos profundamente cuando recibimos la noticia de que la Academia Sueca le había conferido el premio Nobel de Literatura. En ese momento comentamos con Carlos Cáceres nuestra suerte de haberlo invitado a esta celebración, porque obviamente que no estábamos “dateados” de que recibiría el premio, y que aceptara venir. También nos congratulamos de haber tenido la enorme suerte de poder contar con él; aunque debo confesarles que en algún momento tuvimos una sombra de duda acerca de la posibilidad de que los importantes y también desgastadores compromisos que adquiriría al recibir el premio Nobel pudieran dificultar su venida. Pero tuvimos la mejor y oportuna disposición de su parte y aquí lo tenemos con nosotros.

Así, uno de los conceptos fundamentales que Mario ha incluido en su discurso, ése que señala que, a fin de cuentas, la literatura nos hace mejores personas no parece ser solo una construcción intelectual de su autor, sino que es algo que él practica y vive. Y somos testigos de ello: su presencia aquí, entonces, nos demuestra su cariño por Chile, sus lazos con Libertad y Desarrollo y su compromiso con la Fundación Internacional para la Libertad.

Antes de presentar a Sebastián Edwards quiero, muy brevemente, hacer referencia a algo que Mario incluyó en su discurso, cuando cuenta como siendo muy joven, en circunstancias muy difíciles, la libertad lo salvó. Y yo les contaré, pensando que probablemente interpretaré a algunos de ustedes, que Mario Vargas Llosa nos cambió la vida a muchos de nosotros y la cambió para bien. Siendo yo también muy joven y habiendo conocido a autores clásicos, como Shakespeare, algunos franceses y rusos, que me alentaba a leer mi padre, descubrí de pronto que había un grupo de muchachos de mi edad peruanos, que por lo tanto hablaban el castellano, que eran de nuestra época y que eran los protagonistas de la novela “La Ciudad y los Perros”. Descubrí que esos personajes tan cercanos podían protagonizar historias fascinantes que nos hicieron para siempre, además de amantes de la literatura clásica, convertirnos en grandes buscadores de literatura contemporánea, de buena literatura contemporánea. Y el orgullo que significó para toda mi generación que ellos fueran autores peruanos, argentinos, colombianos, fue muy grande y es algo que nos ha acompañado desde entonces y seguramente permanecerá con nosotros por el resto de nuestras vidas. Gracias, Mario, en nombre de toda esta audiencia por esto y gracias por venir a acompañarnos.

Sebastián Edwards, economista chileno de excepción, que tiene esa característica que tanto gusta en nuestros países, que es un chileno que triunfa en el exterior. Sebastián ya era un mito para nosotros cuando por allá por los años setenta estudiábamos economía en la Universidad Católica, y destacaba como mejor alumno, viniendo de la Universidad de Chile, y siendo de izquierda. Continuó sus brillantes estudios como economista en la Universidad de Chicago, donde hizo un master y un doctorado, y creó grandes lazos de amistad con chilenos como Cristián Larroulet y Juan Andrés Fontaine, que al final se han reflejado en su siempre gran disposición a colaborar con Libertad y Desarrollo en muchas ocasiones como ésta.

Sebastián es uno de los más grandes economistas profesionales chilenos de la actualidad. Ejerce la cátedra Henry Ford II en la Universidad de California, en Los Ángeles, (UCLA), ciudad donde reside. Ha sido economista jefe para América Latina y el Caribe del Banco Mundial e investigador en su área, donde ha escrito libros como “Populismo o mercado. El dilema de América Latina”. Pero yo destacaría que la inquietud intelectual y sensibilidad de Sebastián Edwards lo hicieron rebasar la economía, incursionando en la literatura con su exitosa novela “El misterio de las Tánias”. Es un gran aficionado al arte y un excelente conversador, por lo que nos parece que es ideal para el desarrollo de este panel.

Y por último, si el sueño de una audiencia puede ser escuchar a personajes como Mario Vargas Llosa o Sebastián Edwards, es posible que el sueño de



un conferenciante sea que quien lo motive y lo interpele sea Lucía Santa Cruz. Ella es historiadora de la Universidad de Oxford; es decana de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez, directora de varias empresas en Chile, gran cocinera, y consejera de Libertad y Desarrollo desde 1990. Como entrevistadora del Diario El Mercurio conversó con destacados científicos e intelectuales en numerosas entrevistas, cuya recopilación dio origen a su libro “Conversaciones con la Libertad”.

Te invito, Lucía, a que continúes, entonces, conversando con la libertad con nuestros panelistas.

Lucía Santa Cruz:

Mario, tú has descrito maravillosamente bien en tu discurso los beneficios que trae consigo la ficción, y has dicho textualmente (no puedo resistirme de leer tu proposición, porque es tan maravillosa): *“Gracias a la literatura, a las conciencias que formó, a los deseos y anhelos que inspiró, al desencanto de lo real con que volvemos del viaje a una bella fantasía. La civilización es ahora menos cruel que cuando los contadores de cuentos comenzaron a humanizar la vida con sus fábulas. Seríamos peores de lo que somos sin los buenos libros que leímos, más conformistas, menos inquietos e insumisos y el espíritu crítico, motor del progreso, ni siquiera existiría”*.

Mi pregunta es: ¿qué posibilidades hay de incorporar a nuestros pueblos de Latinoamérica, que tú mismo describes como pobres, analfabetos, escasamente lectores, con injusticias, a esta cultura; privilegio que, en estos momentos, tan pocos pueden gozar? ¿Qué futuro ves tú para transformar a los peruanos, a los chilenos, en forma más masiva, en hombres que se alejan de la supervivencia mera, para entrar en este mundo de la fantasía, y ser mejores?

Mario Vargas Llosa:

Es una muy bonita pregunta, Lucía, porque tiene que ver con la ficción como un ingrediente fundamental de la realidad. Aunque la ficción, por autodefinición, parecería estar cortada de la realidad, apartada de ella. Verdaderamente, yo creo que la ficción, a pesar de eso, tiene una enorme influencia en lo que ocurre en la realidad.

Respecto a América Latina, te diré de entrada que haciendo las sumas y las restas de los últimos años, yo soy más bien optimista. Mi impresión es que, aunque muchas cosas andan mal en América Latina, hay muchas cosas que andan bien y eso debe alentarnos. Es un argumento bueno para combatir el pesimismo que nos ha acompañado durante muchas épocas en América Latina y con cierta justificación.

Yo creo que la ficción, por una parte, es un entretenimiento, un gran entretenimiento; leer un gran libro de literatura lo hace pasar a uno horas maravillosas, lo hace vivir experiencias riquísimas, pero no creo que sea solo eso. Creo que la ficción deja en nosotros muchas preguntas, agudiza extraordinariamente nuestra sensibilidad, nos hace mucho más sensibles a sentimientos, a emociones; pero, fundamentalmente nos hace conscientes de lo pobre que es la realidad que vivimos, en comparación con esa realidad maravillosa, perfecta, ordenada, bella, que es una obra literaria lograda, donde todo es bello, incluso, lo feo. Incluso, las peores experiencias, por la manera como están descritas, por la sutileza e inteligencia con que nos son representadas en la historia, resultan bellas. Es una experiencia estética.

Pienso que el regreso a la realidad real de esa realidad ficticia que crea la literatura, nos hace ver aquélla en la que vivimos con ojos profundamente críticos y provoca en nosotros un desasosiego frente a esa pobreza del mundo real frente al mundo soñado, que es una fuente de inquietud, de inconformismo y, por lo mismo, un motor para el cambio. Yo creo que por eso una sociedad que está impregnada de buena literatura, es mucho más difícil de manipular y de embaucar por el poder, por los poderes, que una que no lo es.

Entonces, enseñar a leer y enseñar a leer los buenos libros a los jóvenes, no solamente es enriquecer su sensibilidad, sino crear futuros buenos ciudadanos para una democracia, donde es indispensable que los ciudadanos tengan una actitud crítica, sean participantes, diligentes, efectivos, creativos del cambio, del progreso.

En ese sentido, me parece que la literatura juega un papel fundamental en una sociedad democrática: es un motor de cambio, es un elemento que permanentemente va a contradecir lo que todos los poderes tratan siempre de probar, que el mundo está bien hecho, que la realidad está bien hecha, que la sociedad está funcionando como debería ser. La literatura es un permanente desmentido; la sociedad puede estar funcionando bien, pero la literatura nos muestra que debería funcionar todavía mejor, porque nuestros anhelos van más allá de lo que tenemos. Por eso es que ha habido progreso; por eso es que hemos salido de las cavernas.

Aunque parezca a primera vista una exageración, pienso que fantasear, crear mundos imaginarios, soñar con ellos, trasladarnos a ellos a través de la literatura, es una manera de trabajar por el perfeccionamiento y la superación de la vida humana. Por eso, yo me opongo enérgicamente a la idea de que la enseñanza debe ser fundamentalmente práctica, que la enseñanza de las humanidades debe ser relegada a una segunda o tercera posición. No, yo creo que las humanidades, y entre ellas, la literatura, son



fundamentales para crear buenos ciudadanos; es decir, para que funcionen las instituciones democráticas y para que no se detenga nunca el progreso humano.

Lucía Santa Cruz:

Yo quisiera que esto fuera una conversación, poner temas simplemente y que ustedes los vayan comentando. Sebastián, adelante.

Sebastián Edwards:

Déjame comentar un poco algo de lo que dijo Mario. Estoy muy de acuerdo con lo que dijiste, Mario. También soy relativamente optimista con respecto a América Latina, pero quizás un poco más preocupado por la textura. Creo que vamos a terminar esta década, que se supone que va a ser la década de la región, donde finalmente, como decía José María Aznar, Brasil y el resto de América Latina han decidido ser países del presente y no del futuro. Y la portada del *Economist* que mostraba Luis Larraín, cuando estábamos allá adentro, en que toman ese dibujo de Joaquín Torres García en su taller de Montevideo, en que pone a América del Sur hacia arriba y a Estados Unidos hacia abajo. Yo creo que vamos a terminar con una Latinoamérica que va a salir adelante, que va a progresar en democracia y se va a mover hacia la armonía; pero también existirán países que irán quedándose atrás, entrampados en la demagogia del populismo.

Hay dos cosas que me gustaría decir, una como lector, de lo que decías tú de la literatura. La otra cosa que provoca o que me ha provocado a mí, es que genera preguntas: ¿qué hubiera hecho yo? ¡Tú última novela! Si hubiera estado como Roger Casement y hubiera descubierto los abusos en África o Perú, ¿hubiera tenido el coraje, la valentía? Aquí hay un ejemplo en que uno se va preguntando cosas y de las preguntas sale una suerte de inconformismo, que es esencial para mantener la libertad y mantener el progreso y poder moverse hacia adelante.

Ahora, lo que tú decías con respecto a la enseñanza práctica y esto conecta con el tema mío, que al final es el tema de la economía. Yo estoy también muy en desacuerdo con el tema de la enseñanza práctica y de relegar a las humanidades, al pensamiento, a la literatura, a la filosofía y a la historia, a un segundo término; pero creo que hay un gran desafío. Recientemente, el 7 de diciembre, un par de días antes de la entrega del premio Nobel, la OECD dio el resultado de la famosa Prueba PISA de Educación y, a pesar de haber habido progresos en casi todos los países latinoamericanos, seguimos siendo equipos de tercera o cuarta división. Por ejemplo, Brasil que se supone que es el país del futuro, está en lugar 53 ó 54 de 60 países. Una educación de una calidad paupérrima; y el desafío o la gran dificultad es

cómo mejorar eso sin entramparnos en crear un sistema educativo puramente práctico, en diseñar un sistema educativo en el que solo haya preocupación por pasar ciertas pruebas internacionales.

En ese sentido, creo yo que Libertad y Desarrollo, entre otros institutos de América Latina, están cumpliendo una labor muy importante, que es tratar de impulsar una reforma educativa que transite y se equilibre entre estas competencias que hay que lograr y, al mismo tiempo, no abandonar e, incluso, fomentar estas sensibilidades que nos da la literatura y la filosofía.

Finalmente, termino con algo relacionado con uno de los temas tuyos, Lucía, que corresponde a tu trabajo en la Facultad. Yo creo que en nuestras universidades seguimos con un modelo muy de siglo XX, de mediados de siglo XX, con especializaciones desde muy temprana edad, formando especialistas. Se está dejando de lado la necesidad que tienen todos los estudiantes de estudiar un poco de filosofía, de estudiar historia, de estudiar literatura y la necesidad de movernos hacia estudios generales, con el concepto de los bachilleratos, que a mí me da la impresión que no está avanzando lo suficiente en Chile. Tenemos que hacer una revolución absoluta en la educación universitaria. Se ha intentado en Europa con el Plan Bolonia, que no dio muy buenos resultados. Por lo tanto, me parece que el desafío que hay hacia adelante en América Latina, desde un punto de vista de la economía, de la educación y de incorporar las ideas que planteaba Mario, es un desafío enorme y desafortunadamente, no todos los países, en mi opinión, van a lograr salir airoso y muchos van a quedar entrampados en esta demagogia del populismo, que yo mencionaba hace un segundo.

Lucía Santa Cruz:

Quisiera continuar con el tema de las humanidades, y más que de las humanidades, de la tendencia que se da paradójicamente, en especial, entre los sectores que nosotros llamamos liberales, de poner un énfasis, tal vez excesivo, en las competencias necesarias para ser productores, más que para ser seres humanos complejos. Porque Sarkozy eliminó la historia, como currículum obligatorio, y aquí se acortan los horarios de historia para favorecer otras materias. Y ya no enseñamos castellano y literatura, sino que una cosa que se llama lenguaje o comunicación. Yo quería preguntarte Mario, específicamente por la historia, porque como en tus novelas hay un papel para la literatura, hay también un papel para la historia, hay casi siempre una inspiración histórica. Entonces, no sé si tienes algo específico para comentarnos...

Mario Vargas Llosa:

Siempre he tenido una gran pasión por la historia; además, eso se ve de una manera muy evidente en buena parte de las novelas que he escrito, que están inspiradas en hechos históricos y con personajes históricos. Creo que la historia y la literatura son complementarias. La historia trata de mostrar la vida que fue y que puede ser documentada. Al mismo tiempo, la literatura nos deja un testimonio de un aspecto fundamental de esas sociedades, de esos ancestros, pero que no puede ser documentado, porque lo que la literatura nos muestra son las cosas que nuestros antepasados soñaron, desearon, quisieron tener y como no pudieron tenerlo en la realidad, tuvieron que inventarlo, fantasearlo, crearlo y vivirlo solo a través de la ficción. Ambas cosas son absolutamente inseparables. La historia que fue es la historia que cuentan los historiadores. Los historiadores de la literatura cuentan la historia que no fue, pero que, de alguna manera, fue vivida en la fantasía, en el sueño y naturalmente, en la lectura.

Yo quisiera añadir algo sobre lo que dijo Sebastián respecto a un sistema de enseñanza que se proponga crear especialistas o que sin proponerlo cree especialistas. El futuro que nosotros podemos entrever, a partir de esa realidad, a mí me aterroriza. Los especialistas son gente que conoce en profundidad un tema, pero que no sabe qué ocurre a sus costados; no saben lo que va a ocurrir luego y carecen de una visión general. Por otra parte, es gente que se aísla, que se confina -¿no es verdad?-, en un conocimiento que puede llegar a ser muy profundo, pero que está completamente desconectado de los otros múltiples conocimientos que forman la realidad intelectual y científica. Ese mundo de seres incomunicados ¿no sería una especie de mundo de autómatas, de zombies?, ¿qué cosa es lo que crea denominadores comunes que permiten el diálogo y la comunicación? Las humanidades. La literatura nos hace participar a todos los especialistas de esa herencia común, que es lo vivido en toda su complejidad, en toda su diversidad de materias y de experiencias. Por eso, las humanidades son fundamentales; desde luego, la historia y la literatura. ¿No es importante la filosofía? ¿No es importante tener una visión de conjunto de la problemática humana? No hay especialidad, por más genial, por más extraordinaria que sea, que nos pueda dar las respuestas infinitas que nos suscita el ser seres humanos.

Entonces, frente a eso, opino que es fundamental compaginar una educación que tenga en cuenta lo práctico; y, desde luego, la división del conocimiento exige que se creen especialistas, pero al mismo tiempo mantener los comunes denominadores, que nos permiten dialogar, entendernos y, de alguna manera, hacer que coexista en la armonía esa fantástica diversidad de lo humano, donde hay tantas variedades, hay tantas sensibilidades,

tantas ambiciones distintas y encontradas. Creo que ese aspecto no puede ser abandonado por la reforma de la enseñanza, sin poner en peligro nuestro futuro.

Lucía Santa Cruz:

Tú lo sitúas maravillosamente bien en tu discurso. Si yo tuviera que convencer a mis estudiantes de las bondades del estudio de las humanidades, cuando te refieres a aquellos cuentos, fábulas, mitos y leyendas. ¡Las leyendas son el origen de la historia, en cierto modo! *“...debieron ser un baño refrescante, un remanso para esos espíritus siempre en el quién vive, para los que existir quería decir apenas comer, guarecerse de los elementos, matar y fornicar. Desde que empezaron a soñar en colectividad, a compartir los sueños, incitados por los contadores de cuentos, dejaron de estar atados a la noria de la supervivencia, un remolino de quehaceres embrutecedores, y su vida se volvió sueño, goce, fantasía...”*. Yo pienso que formar meramente especialistas para la supervivencia es mantenerlos en la noria de la supervivencia.

Mario Vargas Llosa:

Podría añadir algo, una cosa muy breve. Las únicas que parecen haber sido siempre muy conscientes de la importancia fundamental que tiene la literatura y su vinculación inseparable con la libertad, son las dictaduras. Todas las dictaduras, sin excepción, lo primero que hacen es tratar de controlar esa actividad de desfabularla, de soñarla, de contar historia. Establecen sistemas de censura, y son sumamente vigilantes de todo lo que se escribe en el campo de la ficción, porque ven o intuyen que detrás de esa actividad hay un peligro para lo que ellas representan y ¡es cierto, eso es verdad! La ficción es una enemiga natural de todo sistema que pretende controlar la vida del ser humano de la cuna a la tumba, decidir por el ser humano qué es lo que le conviene y qué es lo que no le conviene.

La literatura nos muestra que eso no es posible; que eso está en contradicción con lo que es la vida, que la vida exige un espacio donde puedan existir diferencias, donde los seres humanos puedan escoger de acuerdo a sus propias inclinaciones y disposiciones el tipo de vida que quieren tener, el oficio que quieren practicar, el lugar donde quieren vivir, algo que está totalmente en contra de esos sistemas cerrados, que son las ideologías autoritarias, totalitarias. Por eso, también, digo que es muy importante preservar la existencia de la literatura, como un aspecto central del currículum, en los colegios y en las universidades, porque la literatura es uno de los ingredientes fundamentales de la libertad humana.



Sebastián Edwards:

Estamos completamente de acuerdo. Las conversaciones ciudadanas requieren de experiencias comunes y en un mundo donde viven seis o siete mil millones de personas, esas experiencias se adquieren necesariamente a través de la lectura, y solo de esa manera nos podemos comunicar efectivamente y poder tener estas conversaciones.

Ahora, lo que tú decías sobre las dictaduras es muy cierto. Lo primero que hacen los fascistas, los nazis; en “1984” de Orwell, reitero, lo primero que hacen es prohibir los libros, éstos no existen, no se pueden leer.

Ahora, yo quiero insistir respecto al error de seguir formando especialistas, porque veo en América Latina esa tendencia e insistencia en este modelo, que puede haber servido bien a mediados del siglo XX y tenemos que volver, seguramente a lo que tú estudiaste en la Universidad de Oxford.

Lucía Santa Cruz:

Estudié historia, pero lo que hacemos en la Facultad de Arte Liberal es justamente filosofía, literatura e historia.

Sebastián Edwards:

Y volviendo a una imagen preciosa; entre otros, de Isaiah Berlin con “El Erizo y el Zorro”, nos hemos convertido en un mundo de erizos, donde cada uno sabe una sola cosa. Necesitamos un mundo con algunos erizos, porque tampoco los vamos a eliminar, ¿no? Con algunos erizos, pero con muchos más zorros, porque no solo es un problema de la convivencia ciudadana, sino que la manera como se está moviendo la economía, en que ya no hay ninguna especialización que siga vigente cuatro o cinco años después, sino que hay que volver a re-empezar y ese re-empezar, sobre todo con los avances en la salud, con los que la gente vive diez, quince o veinte años más que hace tan solo medio siglo, es un re-empezar que puede ser en otra disciplina, no se puede re enmendar.

Ahora, Luis, ustedes tienen que impulsar una reforma universitaria, muy a fondo. Porque el problema es que lo que ustedes están tratando de hacer, Lucía, que es armar estas facultades de estudios generales, pero ello solo funcionará si es generalizado en muchas universidades, porque se necesita lo que los economistas llaman externalidades de ámbito, porque si solo una lo hace, es más difícil convencer a los empleadores.

En eso ustedes son líderes, pero hay que convencer a los otros para que también lo hagan.

Luis Larraín:

Sobre el mismo punto, comparto con ustedes una reflexión que tuve el otro día, conversando con Hernán Büchi, justamente sobre los temas de la reforma educacional. Hernán, más allá de algunas cosas que está proponiendo, me decía: “lo que no hay que olvidar (y creo que es muy coincidente con lo que hemos conversado acá), es que, en definitiva, el desarrollo o el subdesarrollo es un estado mental, es una cuestión de valores y de cultura”. En ese sentido, él, como siempre defendiendo sus causas, decía: “no me gusta cuando la demagogia o populismo lleva, por ejemplo, a la crítica indiscriminada de los empresarios, porque la señal que se está dando, -de valores, digamos-, es que ser empresario es una mala cosa cuando en definitiva, vamos a desarrollarnos como país, si tenemos gente que piense que sus problemas son causa de las circunstancias que él vive, de lo que lo rodea y no de un tercero quien le provoca todos sus males.

Entonces, desde ese punto de vista, la verdad es que la educación que se necesita para el desarrollo, es una educación muy de valores y muy de estar conscientes de que es uno el que va a determinar su propio destino.

Lucía Santa Cruz:

Yo quisiera retomar el optimismo que han expresado sobre Latinoamérica, que yo comparto, pero con algunas inquietudes. Me parece que hay un problema en el concepto de la democracia en Latinoamérica y el concepto de la libertad, en parte, porque la democracia y el liberalismo llegaron a Latinoamérica no por la vía de quienes son nuestros inspiradores, la ilustración escocesa, Rousseau, el positivismo; y esto, creo yo, nos ha llevado a una tendencia a pensar que el mero hecho de que un gobierno sea democráticamente electo, lo transforma en democrático. Ésa fue la justificación durante la época de la Unidad Popular, donde Allende había sido democráticamente elegido y, por lo tanto, era democrático, al margen de cómo ejerciera el poder. Esa misma situación se está viviendo en los países que se vanaglorian de ser democráticos, como Venezuela, Bolivia y Nicaragua. Entonces, ¿cómo ves que nosotros podemos superar esta mentalidad, donde el componente de la libertad en la democracia parece tan disminuido?

Mario Vargas Llosa:

Lucía, ése es el punto neurálgico de lo que está ocurriendo, hoy día, en América Latina. Primero, los hechos positivos. Pienso que lo positivo, muy positivo realmente, dado el contexto latinoamericano, es que por primera vez en nuestra historia, tenemos en muchos países -y es una tendencia que me parece que va a continuar-, una izquierda que es democrática y una derecha que es democrática. Desde luego, que hay una izquierda que no es



democrática y hay una derecha que no es democrática, pero la verdad es que en el pasado, tanto izquierdas, como derechas, eran muy poco democráticas o abiertamente antidemocráticas. La derecha pensaba que los cuarteles, en última instancia, eran la solución y la izquierda despreciaba la democracia como a la máscara del explotador; creía en la revolución, si participaba en democracia era para socavarla, como un paso hacia la revolución que iba a resolver los problemas. Fíjate que eso casi ha desaparecido, hoy día, en América Latina. ¿Por qué nos parece un personaje, como Chávez, tan absolutamente anacrónico, además de risible? Por su irrealidad. Porque tiene un lenguaje que la realidad latinoamericana parece haberse sacudido desde hace muchísimo tiempo. Sin embargo, ahí está él diciendo cosas que son absolutamente del pasado. Ésa no es la cara de la izquierda actual de América Latina. La izquierda actual es la que formó parte de la Concertación; es la izquierda que hoy día representa a Lula o a la sucesora de Lula, la que representa Uruguay. Para mi sorpresa uno de los cambios más notables de la izquierda fue en Uruguay, una izquierda muy radical, socialista, vertical, “dirigista” y sin embargo, en el poder está actuando de una manera impecable, desde el punto de vista democrático.

La izquierda está aceptando el mercado; está aceptando que el mercado es el mecanismo, a través del cual se puede crear riqueza, no a través de un Estado fuerte y “dirigista”. Está renunciando a lo que eran los dogmas inmutables de la izquierda y eso, para mí, está construyendo unas bases muy importantes para la instalación de una democracia que todavía en América Latina, en la mayor parte de los países, como tú dices, está en embrión, es defectuosa, es primeriza; pero me parece que es un paso muy, muy importante.

¿Quién en América Latina puede creer que el futuro del continente va a seguir el modelo cubano? Es evidente y es evidente para la izquierda, incluso, es evidente para los participantes de la Revolución Cubana, que eso está en un proceso de desintegración, que eso se acaba, más pronto o más tarde, pero eso se acaba, y que ése no va ser el futuro de Cuba, ni de América Latina.

¿Quién puede creer que Chávez es el ejemplo que van a seguir los latinoamericanos del futuro? Incluso los propios partidarios de Chávez, a los que él patrocina y financia, saben que eso es viejo, que eso no funciona, que Venezuela está en una crisis económica monstruosa, que la violencia social se extiende. Entonces, creo que, por primera vez, estamos librándonos en América Latina de los que han sido los grandes obstáculos para nuestro desarrollo, no solo en el sentido económico, sino también en el sentido institucional, democrático. Bueno, eso a mí me da muchas esperanzas.

Los regímenes de Evo Morales, de Nicaragua, de Ecuador, porque también se puede incluir a Ecuador dentro de ese populismo, tienen unos resultados tan catastróficos en términos prácticos, que creo que todos esos gobiernos son de tránsito, con pies de arcillas y que más bien los ejemplos exitosos que están ahí, son los que van a fijar el modelo.

Ahora, de todas maneras, es un gran adelanto pasar por esas democracias imperfectas que tener las dictaduras que tuvimos en el pasado, que nos hundieron realmente en el subdesarrollo.

Entonces, yo creo que el gran trabajo, a partir de ahora, es justamente ese que tú has señalado: a esas democracias hay que inyectarles verdad, decencia, honradez, combatir a la corrupción. Combatir a la corrupción es combatir las plagas heredadas de la gran tradición autoritaria latinoamericana.

La imagen de los empresarios está mejorando. Creo que sí, creo que es una de las realidades a la que izquierda ha terminado por resignarse: que los empresarios son imprescindibles, y son los que crean riquezas y crean trabajo. Por lo tanto, hay que dejar que los empresarios tengan la responsabilidad económica primordial; pero también hay que educarlos. Los empresarios que nosotros tenemos son empresarios mercantilistas, han sido formados -¿no es verdad?- dentro de una tradición mercantilista, con esa famosa imagen de Adam Smith, donde la empresa es una locomotora que está en unos rieles que obligan a esa locomotora a ir en una determinada dirección y esa locomotora va. Si esa dirección es el respeto a la ley, la libre competencia, una justicia independiente dispuesta a sancionar, a penalizar al empresario que burla impuestos, que hace tráfico, esa locomotora funciona dentro de la más absoluta legalidad. Ahora, nuestros rieles han estado torcidos; han llevado a los empresarios al mercantilismo, a establecer pactos secretos con el poder, para tener privilegios, para tener monopolios. Entonces, eso tenemos que combatirlo con la misma energía y severidad.

La corrupción es una de las grandes plagas que tiene la democracia en nuestros países. La corrupción está profundamente incrustada por las prácticas mercantilistas tradicionales y porque no hay respeto a la ley. En América Latina no tenemos ningún respeto a la ley, no creemos que las leyes estén hechas para servir al conjunto de la sociedad, sino que para favorecer a ciertos grupos o a ciertas personas. Por eso, nosotros no sancionamos al pillo, al pícaro, al que burla la ley; incluso hasta sentimos una cierta admiración, porque ellos construyen fortunas o acaparan poder burlando sistemáticamente la ley. Ése no es un problema económico, ese es un problema de cultura y de valores. Nosotros, en lo que realmente tenemos que trabajar muy dura y severamente es en la cultura y los valores, si



queremos que nuestras instituciones funcionen, que las democracias funcionen. Desde luego, queda muchísimo por hacer, pero mi optimismo va en que lo que parecía la fuerza irresistible cuando yo era joven, la visión izquierdista, la visión marxista, la democracia como una burla, una estafa; que la verdadera justicia solo vendrá a través del socialismo, eso, hoy día, ya pasó. En el Perú dicen: “ya fue”, “eso, ya fue”. Sí, eso ya fue y lo que queda por delante son democracias muy imperfectas, pero que comienzan a funcionar en algunos países mejor que en otros, con unos resultados que son evidentemente beneficiosos para el conjunto de la población.

Al mismo tiempo que luchamos por perfeccionar las democracias imperfectas, lo que tenemos que hacer es trabajar de una manera muy sistemática para desvanecer nuestras fronteras. Es estúpido que los latinoamericanos tengamos fronteras, pero como no se las puede borrar de la noche a la mañana, lo que se debe hacer es ir desvaneciéndolas poco a poco, mediante el comercio, las inversiones, los acuerdos económicos que son fundamentales; porque mientras existan esas fronteras, siempre habrá el peligro tradicional de que los demagogos de costumbre, en un momento determinado, empiecen a utilizar el nacionalismo, el espantoso nacionalismo, que apela los peores instintos de las personas, para levantar barreras y crear enconos y hostilidades en nuestros países.

En ese sentido, la integración de América Latina debe seguir el ejemplo europeo, puesto que es un ejemplo absolutamente extraordinario. Hoy día está de moda hablar mal de Europa, pero yo sigo hablando muy bien de Europa. Creo que es la gran utopía democrática la que está realizándose, con todos los problemas y desperfectos: países que se han estado matando entre sí a lo largo de siglos, decidieron un día levantar sus fronteras y unirse. Eso está ocurriendo y eso, pese a lo que diga la crisis económica, ha traído fantásticos y extraordinarios progresos para el conjunto de Europa. Ése es el ejemplo que tenemos que seguir; creo que por ahí hay que seguir luchando por la democracia.

Sebastián Edwards:

Estaba pensando que iba a pasarme toda la mañana estando de acuerdo con Mario, hasta que finalmente dijo algo en lo que no estoy de acuerdo; así es que vamos a aprovechar, quizás, esa pequeña diferencia de visión para armar una mejor conversación.

Respecto de los avances democráticos de América Latina, el vaso está más de medio lleno, en eso estoy absolutamente de acuerdo. Hay mucho que hacer; según los estudios de *Freedom House* solo cuatro de nuestros países están en el nivel más alto de avance democrático, pero en eso, tú mismo lo

has dicho, queda mucho por avanzar. Naturalmente, Venezuela se ha vestido con este ropaje constitucionalista, que viene desde un Centro de Estudios español, en Valencia, con Roberto Viciano Pastor y su equipo, que han inventado este nuevo constitucionalismo populista, que hace parecer que estos asaltos a la libertad y a la democracia, que ha hecho Chávez y otros en la región, fueran democráticos. Eso me preocupa mucho. Todo eso es un tema, sobre el cual creo estaríamos de acuerdo.

En lo que yo no estoy de acuerdo, Mario, es en la bondad de la integración latinoamericana. Soy muy escéptico, sobre todo siendo chileno, porque eso significaría necesariamente hacer una integración, donde muchos de los avances extraordinarios que ha logrado Chile, durante las últimas décadas, estarían coartados en una integración al estilo europeo por razones políticas, porque dado que somos un país pequeño no seríamos el país líder, en esa situación. Y no hay una Alemania, ni una Francia, que le provea a una América Latina de ese nivel de brillo político, cultural y económico, que le proveería a esta integración latinoamericana el ancla que le ha dado a Europa.

Estoy de acuerdo en que hablar mal de Europa, hoy en día, es fácil, es lo que llaman los sajones “cheap talk”, porque están caídos nos dedicamos a reírnos de ellos y los llamamos “países piigs”: Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España. Creo que eso no corresponde, porque al final, en Europa sí ha funcionado la integración, pero el hecho que haya funcionado en Europa no significa que vaya a funcionar en América Latina.

Yo, de verdad, a pesar de reconocer los avances extraordinarios de Brasil, donde la izquierda moderna se personaliza en Lula y en Dilma, no me gustaría que Chile fuera parte de una América Latina integrada, donde la cabeza de ese proceso, la Alemania de ese proceso, fuera Brasil.

Brasil es un país que, a pesar de todo, hoy en día, tiene más signos de interrogación, en mi opinión, desde un punto de vista político, desde un punto de vista social y desde un punto de vista económico, que visiones a futuro. En mi opinión, el entusiasmo de Brasil se justifica en el corto plazo; pero si uno piensa en una generación adelante, los signos de interrogación son infinitos. Entonces, naturalmente, no queremos guerra, queremos que los diferendos limítrofes que existen en varios de nuestros países, en Perú y el Ecuador, en Chile y el Perú, etcétera, etcétera, sean resueltos de la manera más amistosa y dentro de la legalidad internacional. Pero, definitivamente, creo que países como Chile, a la manera como ha ido avanzando Perú últimamente y otros países de la región, como Colombia después de la presidencia del Presidente Uribe, entren en una América Latina integrada, a mí no me gusta.



Lucía Santa Cruz:

A lo que se refiere Mario es a la importancia de difuminar las fronteras y eso se puede lograr, a través de integraciones como la europea; pero también a través de acuerdos bilaterales, en que se busque cooperación, más que enfrentamientos, en que haya acuerdos comerciales. Los mismos fines se pueden obtener también por esa vía, porque ¿de qué otra forma podemos superar nuestras heridas recíprocas con Perú si no es con una agenda de cooperación?

Sebastián Edwards:

Desde luego y como decía el Presidente Uribe: “la democracia es para enfrentar los problemas”, en eso estoy completamente de acuerdo.

Mario Vargas Llosa:

¡Qué bueno que al fin podemos pelear y entretener un poco al público!

Sebastián Edwards:

Voy a poder decir que peleé con un premio Nobel frente a cientos de personas.

Mario Vargas Llosa:

Mira, tú eres un nacionalista... (Risas). Tú eres un nacionalista, yo he dicho algo y tú has interpretado lo siguiente: la integración qué significa, levantar las fronteras, entonces, nosotros, los chilenos, que estamos a la cabeza de América Latina, que hemos despegado, vamos a juntarnos con esa masa de paisillos que están absolutamente empobrecidos, y que van a bajar nuestros niveles de vida, ¡qué horror! Eso es el nacionalismo, exactamente, es el nacionalismo.

Sebastián Edwards:

No, no.

Mario Vargas Llosa:

Yo he dicho algo que Lucía, que no es nacionalista, es una liberal de verdad, ha entendido. Tú has entendido algo muy distinto, porque partes de un prejuicio, que es el prejuicio nacionalista. Yo he dicho “vamos a desvanecer las fronteras”, no estoy diciendo “levantemos las fronteras entre Chile y Bolivia y creemos una especie de intermedio, pero para que suba el nivel de vida de los bolivianos, el nivel de vida de los chilenos tendrá que bajar, ¿pero qué es eso?

Sebastián Edwards:

Mario, tú has dicho que te gusta el modelo europeo y a mí me gusta el modelo europeo, para Europa. Para América Latina –y no soy nacionalista–,

para América Latina me gusta un modelo latinoamericano. Y si el que yo quiera celebrar la diversidad y celebrar las diferencias es nacionalismo, me declaro nacionalista, entonces; pero no en la forma peyorativa que tú me has señalado.

Mario Vargas Llosa:

Peyorativa no, yo digo que eres nacionalista, eres un hombre muy inteligente, un gran economista, un buen novelista, pero eres un nacionalista.

Ahora, qué he dicho yo, vamos a desvanecer las fronteras, cada vez vamos a crear más intercambios, acercar cada vez más a nuestros países, de acuerdo a una realidad. No se trata de decir “vamos a cortar la torta y vamos a dividirla en pedacitos iguales entre todos los países”. Eso no lo he dicho yo jamás.

Sebastián Edwards:

Déjame aclarar. Si eso es así, entonces, desafortunadamente, no estamos en desacuerdo, porque eso es lo divertido. Lo que sí, yo no estoy de acuerdo, y lo digo por última vez para pasar a otro tema, es en que el modelo que le sirvió a Europa le vaya a servir a América Latina, porque no hay una Alemania que sea ancla. Ésa es mi conclusión.

Lucía Santa Cruz:

Tú haces, Mario, una magistral diferenciación en tu discurso, entre ser nacionalista y ser patriota, te defines como ciudadano del mundo, pero llevas a Perú en el alma. Me encantaría que compartieras esa idea.

Mario Vargas Llosa:

Mira, el patriotismo es un sentimiento sano, es un sentimiento de amor al lugar donde tú naciste; a los ancestros de los que provienes; a la lengua que hablas; al paisaje en el que te fuiste formando; todo ese mundo que crea un ambiente cálido; algo que nos hace sentir, de alguna manera, ligados a ciertos seres, con los que compartimos todo ese tipo de experiencias. Ése es un sentimiento absolutamente justo, legítimo, sano.

El nacionalismo es una forma de colectivismo, justamente contra lo que surgió el pensamiento liberal, que convierte a una persona en un valor por el hecho de haber nacido en determinado lugar, por pertenecer a una Nación. Eso se convierte en un privilegio dentro del criterio nacionalista y ese privilegio hace que tú seas superior a los otros, a quienes no gozan de ese privilegio, precisamente, porque gozas de él. En todo nacionalismo hay una exclusión del resto, hay un rechazo del otro, porque la única manera que yo puedo afirmarme, es en contra del otro. Por eso, en la raíz de todo nacionalismo hay una actitud antidemocrática, una actitud colectivista que



obliga a un ser humano por haber nacido en determinada ciudad, en determinado país, a querer las mismas cosas, a defender las mismas cosas y a odiar las mismas cosas. Bueno, la realidad está totalmente en contra de ese criterio. Todos sabemos que una sociedad está hecha de una diversidad extraordinaria de seres humanos, que tienen convicciones distintas, creencias distintas, vocaciones distintas, de tal manera que el hecho de haber nacido en determinado país y tener determinados dones por pertenecer a ese país, de ninguna manera acaba con lo que es el individuo, al contrario, el individuo es muchas otras cosas dentro de eso y puede divergir en muchísimos aspectos con sus conciudadanos.

Entonces, las fronteras representan un elemento muy arbitrario, muy falso, para definir lo que es la condición humana. Pienso que el nacionalismo ha sido una de las peores tragedias de la historia de América Latina.

Sebastián Edwards:

Por eso yo no soy nacionalista, Mario. Yo creo que voy a tener que salir con un letrero que diga: ¡no soy nacionalista en la acepción de Mario!

Mario Vargas Llosa:

Escucha, Sebastián, nosotros nos hemos gastado fortunas en nuestra historia comprando armas para matarnos entre nosotros. Si tú examinas un poco los conflictos latinoamericanos, casi todos ellos han nacido de estupideces provocadas por gobiernos que necesitaban crear la ilusión de la unidad nacional. ¿Haciendo qué? Creando el enemigo extranjero, creando el enemigo exterior. ¡Qué fácil es eso! Apelas a los bajos instintos de los seres humanos y eso crece y eso surge.

Sebastián Edwards:

En eso estamos de acuerdo, Mario.

Mario Vargas Llosa:

Bueno, estamos de acuerdo. Entonces, los europeos lo entendieron así. Los europeos que provocaron por el nacionalismo las dos catástrofes peores que ha vivido la humanidad, que son las dos guerras mundiales, lo han entendido y han creado esa fórmula, en la que se puede haber cometido errores; quizás, la creación del euro fue prematura. Todo eso yo lo acepto, pero el ideal es absolutamente respetable. Las rencillas nacionales se han acabado en Europa, ésa es una realidad. Los europeos, los españoles, los franceses, los alemanes, comienzan cada vez a sentirse más europeos y para mí, es muy bueno, porque se van sintiendo cada vez menos alemanes, menos franceses, menos españoles, en el peor sentido de la palabra. Es un ejemplo que debemos tener presente ahora en América Latina, cuando vemos que

todavía las peores formas del nacionalismo, el nacionalismo racista, xenófobo, torpe, ignaro, está vivo en nuestros países. Ése es un combate que hay que dar, ése es un obstáculo mayor para el desarrollo; incluso, para el desarrollo de un país, como Chile, que está tan avanzado ¡desde luego! ¿El nacionalismo no existe aquí? El nacionalismo existe y hay que combatirlo, en primer lugar, por una razón de necesidad propia. El desarrollo, en última instancia, necesita de un progreso continuado, sobre todo en el vecindario. ¿A Chile no le conviene que el Perú crezca? Por supuesto que le conviene. Pregúntales a los empresarios chilenos que invierten en el Perú o a los empresarios peruanos que han empezado a invertir en Chile, si no les gusta el desarrollo. Es lo mejor que nos puede pasar a peruanos y chilenos. Por eso hay que tratar que vaya ocurriendo cada vez más en los países latinoamericanos y vas a ver que cuando haya cada vez más peruanos en Chile, más chilenos en el Perú, el nacionalismo se irá diluyendo y creo que eso será una fuente de progreso para ambos países.

¡No eres nacionalista, eres medio nacionalista!

Sebastián Edwards:

Oye, para terminar, yo soy un creyente en esa frase que dice: “Juntos, pero no revueltos”.

Luis Larraín:

Yo quiero tomar otro punto, en cuanto a que se piensa que los países latinoamericanos tienen una cierta condición racial que nos hace menos aptos para desarrollarnos que los países del norte. Y hay otras teorías, que pueden tener más fundamento, que plantean que la religión predominante en una sociedad puede explicar los distintos grados de desarrollo económico. Pero dentro de lo que han sido estos mitos, últimamente, creo que hay noticias muy buenas, en el sentido de que esos mitos se caen cuando países de nuestra región (y aquí está la portada del *“Economist”* de nuevo), producto de buenas políticas económicas, como por ejemplo, equilibrios macroeconómicos o equilibrios fiscales, empiezan a tener resultados que son mejores que de los países del norte. Y los empiezan a tener, porque los países del norte se han desordenado y ya no siguen las *“sound economic policies”* que nos enseñaron los economistas americanos y los economistas europeos. Entonces, yo creo que hay un elemento de optimismo, en el sentido de que aquí no es un problema de nación, no es un problema de raza, es un problema de actitud y es un problema de valores, que cualquiera en el mundo puede tenerlos, y yo creo que estamos viendo algo de eso hoy día.



Lucía Santa Cruz:

Mario, para tú tranquilidad, las fronteras se están desvaneciendo entre Chile y Perú, gracias a que cientos de niños chilenos están siendo criados por peruanas, que les enseñan a comer y a hablar castellano.

Luis Larraín:

Hablar castellano dulcificado por los Andes.

Lucía Santa Cruz:

...castellano dulcificado por los Andes.

Yo quería retomar la idea que tú planteaste también, porque el tema es aplicable a los dos. El marxismo dices tú ¡ya fue!; sí, pero no hay que olvidar que Aristóteles decía que el conflicto permanente de la política era el conflicto entre el individuo y la colectividad, de manera que las pulsiones por el individualismo y por colectivizar la vida van a estar siempre presente. En ese sentido, a mí me parece extraordinariamente interesante tú experiencia, de haber sido marxista y ser hoy día el gran defensor de la libertad y la democracia. ¿Tú nos puedes contar acerca de esa transformación intelectual, de cómo se produce, porque es duro abandonar los paradigmas, con los cuales uno se ha afirmado? ¿Cómo fue para ti?

Mario Vargas Llosa:

Bueno, fue un largo proceso que comienza hacia mediados de los años sesenta. Yo era un gran defensor de la Revolución Cubana; había ido desde el año 1962 tres veces a Cuba y de pronto empecé a notar que la realidad no era exactamente la que yo creía, en el caso de ese país. Hubo algunos hechos, como la creación de unas instituciones que se llamaron eufemísticamente las “UMAP”, Unidades Militares de Apoyo a la Producción, que, en la realidad, eran campos de concentración, donde se metieron mezclados criminales comunes, disidentes políticos y homosexuales. Fue algo muy brutal, muy feroz, que causó además muchos sufrimientos entre jóvenes, pintores, músicos, bailarines, que eran muy revolucionarios, que estaban identificados con la revolución y que fueron enviados a estos campos con algunas consecuencias terribles, hasta suicidios. Para mí fue muy traumático eso y a ello se unió que, casi al mismo tiempo, fui por primera vez a la Unión Soviética, invitado a un congreso dedicado a Pushkin y donde estuve apenas diez días. Pero esos diez días a mí me provocaron un verdadero *shock*. Recuerdo haber terminado ese viaje y haber dicho: “yo he defendido este sistema y si yo viviera aquí estaría preso o sería un disidente convertido en un especie de zombi o estaría en el exilio”.

Entonces, fue la primera gran convulsión ideológica y durante mucho tiempo anduve muy confuso, muy perdido, pero a mí me salvaron, como siempre cuando he tenido crisis, las buenas lecturas. Comencé a leer, entre otros, a Raymond Aron y había escrito un librito sobre Sartre y Camus, con unos artículos defendiendo a Sartre contra Camus. Y empecé a releer a Camus y descubrí que no era Sartre, sino Camus quien tenía razón, sobre todo con su tesis de que si se disocia la política de la moral surge la barbarie, una tesis que era tan evidente.

Bueno, esas lecturas me ayudaron mucho y después descubrí a Isaiah Berlin y a Karl Popper. Leer realmente ese libro magistral de Popper, que es la "Sociedad Abierta y sus Enemigos", libro absolutamente extraordinario, fue para mí una demostración de lo que significa el colectivismo, de lo que significa el totalitarismo, de cómo eso va contra la libertad y lo que la libertad ha significado en la historia: cómo hemos podido salir de la barbarie, de las peores formas de salvajismo, hasta llegar a altos niveles de civilización, gracias a la libertad. La manera de cómo la libertad, a medida que se va expandiendo y va ganando espacios, hace que suban los niveles de vida y se civilicen las relaciones entre los individuos y los países.

En fin, a mí esas lecturas me ayudaron extraordinariamente, fueron absolutamente fundamentales. Entonces, empecé a reconsiderar las cosas en que creía. Creo que el vivir en Inglaterra me ayudó muchísimo, realmente para mí la experiencia inglesa fue extraordinaria. Puede haber muchos problemas en ese país, pero el respeto a la ley, por ejemplo, el supuesto del ciudadano inglés promedio, de que la ley está hecha para servirlo y no para engañarlo, ni perjudicarlo, que guía todavía la conducta cotidiana, diaria de los ingleses. El haber conocido algunos políticos ingleses, haber vivido en Inglaterra en los tiempos de Margaret Thatcher. La gente ya no se acuerda lo que significó el estado de crisis en que estaba hundida Inglaterra, por una forma de populismo socialista. Ésa era la situación cuando Margaret Thatcher sube al poder y comienzan las grandes reformas liberales y puede ver cómo eso trajo no solamente un desarrollo, una recuperación de Inglaterra, sino que vivificó extraordinariamente la democracia.

Bueno, todo eso a mí me fue reeducando, y desde entonces diré que trato de ser un liberal, porque una de las buenas cosas del liberalismo es que el es un abanico, donde hay toda clase de matices. En mi país hay un grupo de liberales que me consideran a mí un social demócrata. En un tiempo, mi propio hijo Álvaro me consideraba un social demócrata, "qué clase de liberal eres tú que hablas de la igualdad de oportunidades, si eso es incompatible con la doctrina liberal". ¡Hay liberales peligrosos, termocéfalos! Pero, desde entonces, yo trato de ser un liberal. Creo que realmente lo que ha impulsado más la civilización humana, lo que ha hecho que los países hayan llegado a



tener los más altos niveles de vida y a tener las instituciones democráticas más sólidas, ha sido realmente la libertad, la defensa del individuo, la defensa de la propiedad privada, la defensa del mercado, el Estado pequeño, pero fuerte, una justicia realmente independiente y eficaz. Todo eso es lo que está detrás de los niveles de vida de Suiza, de Suecia, de los países que han alcanzado realmente las formas más elevadas de desarrollo.

En fin, ésta es la batalla que vengo dando y, de todas maneras, a mí me estimula mucho ver que en América Latina eso ya no está tan distanciado de lo que es el común de la vida. Aquí mismo, cuántos latinoamericanos nos hemos encontrado para celebrar los veinte años de Libertad y Desarrollo, que pensamos más o menos lo mismo, que defendemos la libertad y no nos tiran piedras. Bueno, todavía no nos han tirado piedras, como nos las tiraron en Rosario, donde nos llevó Gerardo Bongiovanni, convenciéndonos que a Rosario ya la habíamos ganado para la libertad y era solo a media la cosa, pero hay en América Latina un cambio muy grande en relación con el pasado. Entonces, eso yo creo que justifica el optimismo.

Sebastián Edwards:

Bueno, yo soy un poco menor que Mario y a mí me ayudó mucho, en mi proceso, leer a Mario Vargas Llosa. De lo extraordinario de Mario, lo que decías tú Lucía, de la valentía de enfrentar este cuento. Uno de los aspectos culturales, no sé cómo será en el Perú, pero de Chile, por lo menos, cuando yo vivía acá, cuando era niño, era lo inconcebible o lo castigado que era cambiar de opinión. Aquí se dice “darse vuelta la chaqueta”, no sé cómo se dirá en el Perú. El valor de cambiar de opinión y decir “me equivoqué”, es fundamental y yo leí, en parte de este proceso, lo que escribía Mario en ese momento, y particularmente, en relación al caso Padilla y las lecturas. Dentro de las lecturas, curiosamente, el famoso poema del Final del Juego, el libro de Padilla que gana el premio y termina con Padilla internado, vilipendiado, preso y todo lo demás, donde habla del sacrificio de anular al individuo y su libertad en pos de este colectivismo y dice, -no lo recuerdo exactamente-, dice a este señor le pidieron las manos, le pidieron los pies y sigue y sigue; finalmente, le pidieron y ésta es la prueba fundamental, la lengua y que se echara a andar en pos de la revolución. Y uno dice: ¿y esto qué? Entonces, el mío también fue un proceso, pero tuve la ventaja de que Mario ya había escrito una serie de textos sobre el tema. Eso es.

Lucía Santa Cruz:

Tocqueville decía que una de las tiranías más fuertes era la tiranía de la opinión de las mayorías, en que uno ve muy reforzado en la época contemporánea, con lo que se llama “políticamente “correcto”. Si bien ha habido avances en Latinoamérica respecto de los valores de la libertad, de la

democracia y de la economía de mercado, sigue siendo, por así decirlo, políticamente incorrecto. Eso, yo creo, que en parte se debe a que la libertad es un impulso que está en los seres humanos, pero están también los deseos de igualdad. Lucho Larraín nos decía a mí y a Patricia Matte, que las grandes culpables de este énfasis en la distribución del ingreso, son las mujeres, las mamás que quieren que todos los hijos sean iguales. Pero, yo creo que hay una tendencia a que la libertad sea, en los momentos críticos, de minoría, pequeña.

Entonces, mi pregunta es: ¿qué posibilidades tenemos de transformar el discurso nuestro que es, por ahora, políticamente incorrecto, que gana elecciones en Chile apenas y que constituye mayorías frágiles? ¿Qué posibilidades hay de transformar este discurso en algo que sea legitimado moralmente, de manera que pueda ser políticamente correcto?

Mario Vargas Llosa:

Yo creo que eso va a tomar tiempo. Por ejemplo, es muy interesante ver el caso de Lula. Si uno lee sus discursos, él no ha cambiado, él ha hecho la Revolución Socialista en Brasil, él no ha dado un paso hacia el liberalismo, ataca al liberalismo y al neoliberalismo, que es una forma más caricatural todavía. ¿Por qué? Porque detrás de Lula hay una cultura profundamente enraizada en América Latina, donde hay malos y buenos. Los malos son los empresarios y los malos son los neoliberales que están detrás de la explotación, la persecución, la represión contra las clases trabajadoras.

Es muy interesante, porque tenemos a una izquierda que acepta el mercado, que acepta a la empresa privada, que acepta la propiedad privada, una gran revolución dentro de la izquierda, pero que sigue manteniendo el mismo lenguaje estereotipado, esquemático, que resulta muy irreal. Yo creo que hay un gran peligro en esto, porque es vivir en la mentira retórica, hacer unas cosas y decir otras. Para que una persona, como Lula, que asuma que ha hecho una política liberal, deber haber una cultura suficientemente fuerte, como para que se sienta seguro en su carrera política, al decir esas cosas.

Entonces, ése es un largo proceso, en el que instituciones como ésta, están dando una batalla que es todavía contra un peso muerto, ideológico, retórico, que todavía impregna profundamente a América Latina. En el caso del Perú, algo de eso pasa también. Ahora tenemos un gobierno que aplica unas políticas liberales que están trayendo muy buenos resultados, pero admitir eso desde el punto de vista del lenguaje o desde el punto de vista de los valores, es muy difícil, porque los políticos se sienten inseguros de utilizar un lenguaje que para el común de los electores es insólito. Los electores están acostumbrados a guiar al enemigo y el enemigo somos nosotros. Eso ¿a dónde nos debe llevar? Eso nos debe llevar cada vez más a actuar de una



manera más dinámica en el campo de la cultura. No basta que la izquierda acepte hoy día postulados básicos de la democracia y del liberalismo, sino que transforme también su lenguaje, de tal manera que el lenguaje exprese la realidad y no exprese una irrealidad. Vivir en la irrealidad es bueno. Cuando uno lee novelas, es perfecto, pero cuando empiezas a vivir la irrealidad en el campo político, es peligrosísimo, porque ésa es la historia un poco del fracaso de América Latina, el fracaso histórico y el fracaso económico. Por eso es muy importante pensar que, en la evolución política de una sociedad, lo fundamental son las ideas. Las ideas y los valores están detrás de todas las reformas que tienen éxito y si no existen, esas reformas son siempre precarias y puede haber un retroceso.

Sebastián Edwards:

No es mucho lo que yo puedo agregar a lo que dijo Mario. Efectivamente, creo que va a tomar tiempo. Hay todo un problema de lenguaje. Se han apropiado de un lenguaje que trata con desprecio al concepto de liberalismo y como dices tú, caricaturiza con neoliberalismo. Suman a esto las grandes teorías conspirativas, en las que se piensa, especialmente en Argentina, que el Fondo Monetario Internacional maneja el mundo y uno que conoce a los funcionarios del Fondo lo duda permanentemente. Entonces, eso es una preocupación y creo que va a tomar un tiempo.

Además, creo Lucía que, en cierto modo, se perdió la oportunidad para América Latina, porque cuando parecía que estas ideas empezaban a tomar cierto atractivo para la población como un todo, vinieron las grandes crisis de finales de los noventas y principios del año 2000, crisis que tienen, como esencia, cosas tan tontas, como sistemáticas políticas cambiarias inadecuadas, el fijar el peso argentino 1 a 1 al dólar y mantenerlo contra viento y marea. Yo quiero mucho a Domingo Cavallo, pero ése fue un error garrafal. La crisis mexicana y todas estas crisis han sido asociadas de una manera u otra al tema del neoliberalismo, por incapacidad nuestra quizás de no poder explicarlo. Yo estoy pensando en Argentina, que es un país del que he estado permanentemente enamorado; pero la visión de los cartoneros recogiendo basura en Buenos Aires es muy fuerte. En cierto modo, uno entiende a la persona de clase media que a duras penas mantiene su empleo y ve esas imágenes, que diga: "recórcholis, esto no es lo que yo estaba buscando". Eso fue una mala suerte o una tragedia, de que en el momento que parecían que las cosas prendían tuvimos esas crisis. Milton Friedman estaba siempre totalmente en contra de tener los tipos de cambio fijos. Es decir, fueron políticas que no tenían nada que ver con la esencia del liberalismo, las que nos hicieron tener estos retrocesos importantes.

Lucía Santa Cruz:

Sebastián, pero en cierto modo lo que tú estás diciendo es que el fundamento del éxito de estas políticas ha sido su eficiencia para resolver problemas. Yo creo que si ése es el sustento, va ser siempre vulnerable y frágil, porque nadie puede asegurar que va a estar al margen de las crisis. Entonces, yo creo, desde mi perspectiva, que la eficiencia del mercado no es lo que a mí me atrae, sino que un fundamento moral.

Sebastián Edwards:

Ambos van juntos.

Lucía Santa Cruz:

Sí, pero me gustaría que Mario se refiriera a ese otro aspecto, que no es de producir, que no es de mayor eficiencia, sino que tiene que ver con un tema moral.

Sebastián Edwards:

Déjame sumarme a la pregunta tuya, para hacérsela a Mario. Lo que decía el presidente Sebastián Piñera anoche, refiriéndose a Friedman, en términos de que la libertad económica es fundamental, porque si al final los ciudadanos dependen del Estado, para su trabajo, para su sustento, no van a poder nunca criticar al Estado. Yo veo, Lucía, íntimamente relacionados la moralidad, las grandes ideas, -quizás Mario nos puede dar su opinión al respecto-, con un mercado que funciona competitivamente, sin trampas, sin corrupción, sin mercantilismo, todo lo que tú decías hace un minuto.

Mario Vargas Llosa:

Pero la preocupación de Lucía me parece muy justa, central en cierta forma. El respetar la propiedad privada, según las leyes; el dar las reformas necesarias para que haya competencia y funcione el mercado; recortar al Estado; todas esas son las reformas que traen progreso, ya lo sabemos. Pero si detrás de eso no hay una cultura, en el sentido más amplio de la palabra, es decir, una convicción de que eso es bueno, de que eso es lo que va a traer progreso y va a crear formas más civilizadas de existencia, esas reformas tienen pies de arcillas y se pueden desplomar.

Hablar de moral resulta siempre peligroso, porque crea una confusión al respecto, pero es un tema absolutamente central. Si una sociedad cree que hay valores y respeta esos valores, esas reformas van a funcionar infinitamente mejor, que si esa sociedad está profundamente malograda moralmente, por una práctica antiquísima, que hace que no se respete la ley, hace que no se sancione moralmente a los pícaros, a los bandidos, a los ladrones, y al contrario, crea que el que triunfa y se sale con la suya, de alguna manera, es un héroe, aunque haya violado la ley y sea



individualmente un canalla. Nosotros estamos profundamente malogrados en América Latina. Nosotros no tenemos respeto a esos valores, por una historia que nos ha hecho muy escépticos respecto de los valores y ése es un problema mayor. Ése es un problema que no tiene, para mí, una solución inmediata, porque creo que es un proceso que no ha cambiado.

Nosotros actuamos en democracia, pero nuestro escepticismo respecto de los valores es igual, no pensamos que la ley deba ser respetada, porque si no se respeta la ley, se está infringiendo algo que va más allá de lo estrictamente social y político, y tiene que ver con lo espiritual. Otra palabra que es peligrosísimo mencionar, porque entramos en unos terrenos muy movedizos, pero yo sí creo que es un problema mayor, para el que no tengo respuesta.

Creo que la moral no es un arma que esté detrás de las reformas sociales, políticas, económicas. Esas reformas se aceptan, porque prácticamente dan buenos resultados, pero el problema es que esas reformas se hacen en sociedades donde la corrupción está profundamente incrustada y la corrupción está profundamente incrustada en gran parte, no solo porque el Estado es grande, no solo por esas alianzas mafiosas entre el poder y ciertas empresas, sino porque no hay una moral que sancione ese tipo de conducta y que haga que quien delinque de esa manera, se convierta en un réprobo para la sociedad.

Lucía Santa Cruz:

Para aclarar un punto, eso es, por así decirlo, el imperativo de tener un contenido moral que es indispensable para una sociedad libre, porque si no hay que regularlo todo, si no tenemos un acuerdo mínimo, ¿no es cierto? Pero, yo me refería a algo más intrínseco al mercado, no al mercado, pero a la libertad. Sin libertad individual no puede haber virtud; si yo no puedo elegir entre el bien y el mal, yo no soy moral. Si yo soy solidaria, porque el Estado me obliga, no soy solidaria, solo estoy respondiendo ante la ley.

Mario Vargas Llosa:

La posibilidad de elegir entre el bien y el mal, yo creo que está dada en sociedades abiertas. El problema es cuando la sociedad está muy confusa entre lo que es el bien y es el mal, y la línea divisoria se ha eclipsado.

Sebastián Edwards:

Mario, un término que tú has usado repetidamente y que creo que está en el centro del dilema latinoamericano hacia adelante y que va a determinar si al final tenemos éxito o no, es corrupción. Yo vengo llegando de Guadalajara y los mexicanos, como tú sabes, están desesperados con lo que está

sucediendo, con las luchas en Ciudad Juárez, con el narcotráfico y en cada conversación, básicamente, te piden: “consígueme una visa, consígueme un trabajo, para que me den visa”. Al final de todo está la corrupción.

Ahora, ¿tú has pensado de qué manera podemos empezar a desmembrar esta bola que nos tiene atrapados, que es la corrupción?

Mario Vargas Llosa:

Yo creo que las reformas disminuyen la corrupción, pero si tú tienes un Estado muy grande, la corrupción se multiplica...

Sebastián Edwards:

Pero, el mexicano te va a decir que la corrupción llevó a los grandes monopolios telefónicos, a los monopolios de esto o lo otro, cambiamos un monopolio por otro. Eso es lo que te dicen. Entonces, ¿cómo terminamos la corrupción? Tendríamos que nacer en Suiza, me dijo de pronto un mexicano y yo le dije ¡pregúntele a Mario!

Mario Vargas Llosa:

Voy pensando cada vez que eres menos nacionalista de lo que yo temía.

Sebastián Edwards:

Bueno, eso es lo que estoy tratando que pienses, cuando terminemos te voy a firmar un certificado.

Mario Vargas Llosa:

Creo que el problema es un problema de solución a muy largo plazo. Por otra parte, es un problema que no solo vive América Latina, sino lo vive también Europa, lo vive el mundo. Antes había unos valores que eran, más o menos, universalmente respetados. Eso desapareció. Esos valores se han desplomado, extinguido, enturbiado y los reemplazamos con valores contradictorios entre sí y, en algunas partes, específicamente, los valores han desaparecido. Es una confusión que tiene que ver con el espíritu y que tiene que ver también con la práctica cotidiana, la práctica diaria.

¿Cómo salir de eso? Yo creo que es un problema cultural de muy largo plazo y no veo una solución cercana, ni para América Latina, ni para el resto del mundo.

Lucía Santa Cruz:

Mario, hay otro tema que tú tocas en tu discurso. Tú dices y te cito: *nuestra época es la de los fanáticos, las de los terroristas suicidas. Antigua especie convencida de que matando se gana el Paraíso. Que la sangre de los inocentes lava las afrentas colectivas, corrige las injusticias o impone la verdad, sobre las falsas creencias*. Y hablas de “Nuevas formas de barbarie



proliferan atizadas por el fanatismo” y dices: “Hay que salirles al paso, enfrentarlos y derrotarlos”.

Yo creo que ese es uno de los grandes dilemas que se nos plantean también, como sociedad que aspira a ser libre y democrática, porque este intento de enfrentar el terrorismo ha llevado, en la mayoría de los casos, -y yo estuve muy contenta de oír al Presidente Uribe esta mañana decir que no es el caso de Colombia-, que los intentos por controlar el terrorismo han llevado a la conculcación de las libertades individuales de personas inocentes que viven en los países, donde que se lucha contra el terrorismo. Perú tuvo la experiencia con Fujimori. ¿Cómo podemos resolver este dilema?

Mario Vargas Llosa:

Pienso que no debemos hacer concesiones en ese campo. Si la democracia, para derrotar al terrorismo, utiliza las mismas armas que el terrorismo, los terroristas han ganado. Aunque los matemos a todos, han ganado los terroristas, porque se han impuesto las reglas de juego que ellos quieren. Entonces, la ley no vale, los derechos humanos no importan, la eficacia es lo que cuenta. Eso no podemos aceptarlo. Debemos exigir a nuestros gobiernos que sean eficaces, respetando la ley, respetando los derechos humanos y también respetando los derechos humanos de los terroristas también. Es difícil. Hay una frontera en unos momentos que, inevitablemente por la violencia que se vive, se eclipsa, pero creo que en eso debemos ser intransigentes: no debemos dejar que los terroristas nos ganen, imponiendo ellos las reglas del juego en nombre de la eficacia. Es difícil, desde luego, pero la verdad es que hay casos muy visibles y muy cercanos, de que un país puede ser democrático, combatir eficazmente al terrorismo sin renunciar a la democracia, sin renunciar al respeto de los derechos civiles.

Un caso interesante, me parece, es el de España. España vivía una amenaza terrorista muy seria, que ha sido la amenaza de ETA. Han matado, han secuestrado, han puesto bombas y España los ha combatido y desde la transición ha combatido dentro de la democracia, y cuando ha habido abusos, la democracia misma ha sancionado a los que faltaron a la ley. Yo creo que ése es un ejemplo magnífico, porque ETA, hoy día, está acorralada. Es una organización que todavía puede hacer daño, pero la democracia le ha ganado muchas batallas, la guerra no del todo todavía, pero muchísimas batallas y batallando dentro de la legalidad. Me parece que es un ejemplo. Veo que en Colombia ha ocurrido también, sobre todo durante el gobierno de Álvaro Uribe. Ha sido admirable cómo la correlación de fuerzas cambió totalmente en esos años y se ha respetado la libertad de prensa, se ha respetado la independencia de tribunales. Cuando han habido excesos no

solo han sido denunciados, sino que muchas veces han llegado al Poder Judicial. Me parece que ése es el camino y, en ello no debemos hacer concesiones, porque si empezamos a hacer concesiones, al final, nos suicidamos como países democráticos. El terrorista suicida es un arma feroz, es un arma de la que es muy difícil defenderse. Un individuo que está dispuesto a morir, puede hacer morir a decenas y miles de individuos, pero ¿cuál sería la solución? ¿Matarlos también a ellos, como ellos quieren matarnos a nosotros? Y al final, entonces, es la matanza universal. Hay que defender la civilización. Eso lo dice Camus maravillosamente en sus ensayos: “*Hay que defender la civilización aun en medio de la peor barbarie*”, hay que mantener aunque sea una pequeña llamita, que siga, porque ése es el camino que nos ha sacado de la barbarie; el otro es el que nos retrocede al salvajismo de los primeros seres humanos.

Sebastián Edwards:

Mario, no solo es difícil desde un punto de vista de los principios, sino que también prácticamente hablando. El presidente Obama se comprometió a cerrar Guantánamo y su Fiscal General se comprometió a cerrarlo en un año; y no han podido hacerlo, incluso, siguiendo las leyes. Por lo tanto, lo que tú dices es absolutamente cierto, y estoy completamente de acuerdo en que no hay que hacer ninguna concesión. Oye ¿viste que soy menos nacionalista todavía?

Lucía Santa Cruz:

Hay otro problema que liga la literatura con la política. En tu discurso citas a Sartre, cuando dijo “...*las palabras son actos y una novela, una obra de teatro, un ensayo, comprometidos con la actualidad y las mejores opciones, pueden cambiar el curso de la historia*”. Ahora, ¿cuál es el límite y la diferencia entre eso y lo que es la literatura políticamente comprometida, más panfletaria, al servicio de una ideología, que también, en aras de una buena causa y de cambiar la historia, usa la literatura?

Mario Vargas Llosa:

Yo creo que la literatura puede servirse de la política. De hecho lo ha venido haciendo, desde muy antiguo; pero la política no puede servirse de la literatura sin matarla. La literatura que quiere defender determinadas ideas políticas o ser transmisora de consignas políticas, se convierte en propaganda, carece de vida propia. ¿Cuáles son las grandes obras de literatura que hayan servido como puros instrumentos de propaganda política o religiosa? Ninguna.

Las grandes obras de la literatura lo son, porque nosotros vemos en ellas la vida, con sus complejidades, con sus contradicciones y nunca ese tipo de estereotipo que consigna la política. Además es tan dependiente de la

actualidad. La literatura que vive con la actualidad, muere con la actualidad. Yo creo que la gran obra literaria siempre trasciende lo contemporáneo, lo actual y va a las raíces de la condición humana y por eso, esa literatura puede ser leída cincuenta, cien o doscientos años después de haber sido escrita. No se puede, si uno convierte la literatura en propaganda, escribir obras que dentro de doscientos años sigan emocionando, conmoviendo a los lectores, como ocurre con El Quijote, con la comedia de Shakespeare o con las obras del teatro de Molière. Hay escritores que han sido en su conducta ciudadana muy panfletarios y muy cuadriculados en su visión, pero curiosamente a la hora de escribir, lo han hecho distinto. Para mí el caso más representativo de eso es Bertold Brecht. Él quería escribir obras de propaganda; además desarrolló toda una teoría para justificar una literatura de propaganda en favor de las verdades indiscutibles del marxismo, pero a la hora de escribir, había en él una fuerza natural que le rompía esos esquemas. Por ejemplo, con “Madre Coraje”, maravillosa obra de teatro, esa fuerza lo llevó a mostrar algo que rompía completamente esa visión tan esquemática de la vida, de la historia y a mostrar la realidad humana en su complejidad y su diversidad, absolutamente incompatible con los dogmas ideológicos.

Luis Larraín:

Yo no quiero ser el malo de la película y me gustaría hacerles muchas preguntas más a Sebastián y Mario, pero estamos en los tiempos que habíamos comprometido. Hay muchos temas sobre los que me habría encantado preguntarles la opinión, por ejemplo, respecto a cómo ven la emigración en Estados Unidos y en Europa. En fin, creo que hay temas que nos quedan que son muy interesantes. La observación que tú hiciste Lucía, acerca de darle un contenido valórico y una legitimidad moral a nuestras ideas, es muy importante. El hecho que le hayan conferido el premio Nobel de Literatura a Mario Vargas Llosa es algo que nos alegra el alma a todos, porque, de alguna manera, creíamos que sus ideas era la única razón por la que no se lo daban. Es un hito importante en la batalla por la libertad.

No sé si tú quieres cerrar con alguna pregunta final para ellos, porque la verdad que estamos en el tiempo y no quiero abusar de la buena voluntad de todos.

Lucía Santa Cruz:

No, tal vez, alguna reflexión. Como estamos hablando de la libertad, que logre explicar por qué, a pesar de que durante generaciones, se amagan las libertades en los totalitarismos, siempre permanece una llama que hace posible que la civilización continúe y que la libertad siga brillando. ¿A qué se debe a juicio de ustedes?

Mario Vargas Llosa:

Puede ser gracias a esa capacidad que tenemos los seres humanos, en la que yo creo que sí nos diferenciamos radicalmente de los animales, -a quienes nos parecemos en tantas otras cosas-, a esa capacidad de salir de nosotros mismos, de imaginar una vida distinta a la que tenemos, algo que no puede hacer el animal. Nosotros sí podemos imaginarnos unas vidas diferentes a las que llevamos y eso nos lleva a desearlas, a ambicionar, a soñar con un cambio, algo que sería absolutamente imposible si no existiera la libertad. Si no existiera la libertad, estaríamos condenados a una vida mecánica, que se repetiría, que sería una tautología infinita. Y es porque somos capaces de desear cosas distintas que cambiamos y que, efectivamente, llegamos a desarrollos prodigiosos. Sin la libertad, jamás habiéramos podido movilizarnos de esa manera, rompiendo los límites que cada sociedad, que cada época, que cada cultura ha establecido, para permitir la vida civilizada. Creo que el desarrollo, el cambio, es la mejor demostración de la libertad humana, que nos ha ido empujando cada vez más a romper los esquemas, los límites en que ha transcurrido nuestra vida.

Sebastián Edwards:

Yo creo que Mario dijo la palabra clave y es que soñamos. Soñar significa imaginarse nuevas fronteras, nuevas condiciones, cambios y eso requiere de libertad y es lo que hemos aprendido de tu literatura y te estamos muy agradecidos.